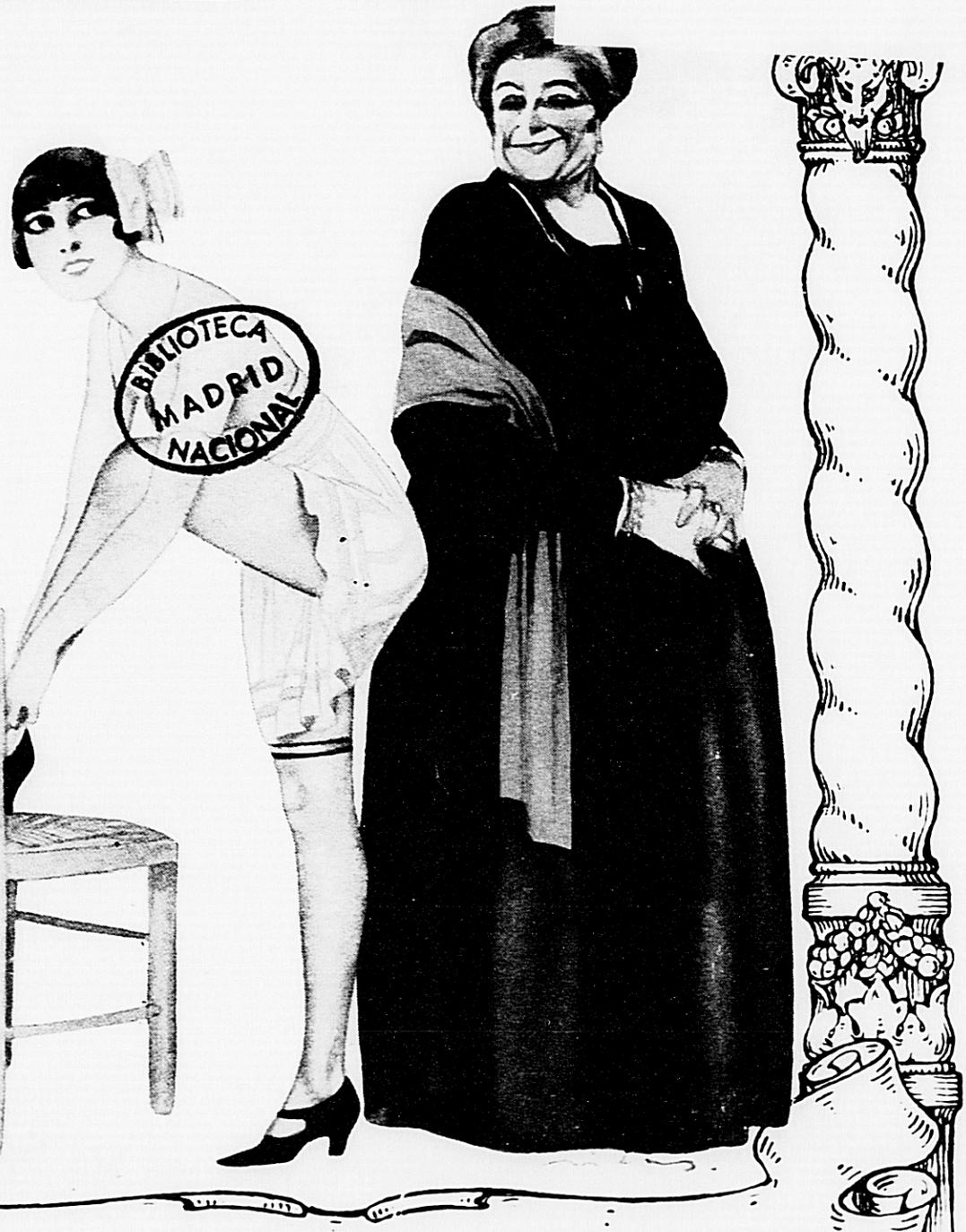
1
232717

La Novela Exquisita

60 cts



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

# UNA NIÑA DESAPARECIDA

NOVELA POR

EDUARDO CORBIN

1

232717

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

# UNA NIÑA DESAPARECIDA

:: Administración ::

Alcalá, 177; Madrid.

47/150618




R. 322705

LA NOVELA EXQVISITA

¿Quiere usted saber lo que le ocurre a la niña desaparecida en Africa? Lea usted nuestro próximo número, de un interés subyugante, que se titula

**Mariquita, cautiva de los moros**

En esta bellísima novela siguen las aventuras de **UNA NIÑA DESAPARECIDA,** y el lector penetrará con ella en los secretos del harén, y se deleitará con magníficas escenas de sensualidad.

Esta obra tiene el encanto de una novela de aventuras extrañas y eróticas, en un ambiente tan bellamente sugestivo y tan erótico como el árabe.

Ilustraciones de **MIRKO**

LOYGORRI

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

# I

Algo maravilloso ocurre en el barrio al llegar la primavera. El barrio está apartado del corazón de la ciudad, donde todo es bullicio y confusión; por eso, en el horizonte suburbano se destaca con líneas precisas, con acusada fisonomía. Al acercarnos a este barrio vamos viendo cada vez más claros en la edificación, hasta que llegamos a una parte en que hay más solares que casas. Un grupo de casas nuevas, con infinidad de pisos, reducidos y muy baratos, forman el barrio. Al amor del vecindario han surgido algunas tiendecillas y una taberna.

Las gentes que viven en el barrio son gentes humildes, pobres gentes que la ciudad ha ido empujando hacia afuera, condenándolos por su pobreza a una especie de destierro. En invierno especialmente es cuando el barrio tiene más carácter de aislamiento. El barrio se repliega en sí mismo; las gentes se encierran en sus casas. Es casi como si el barrio no existiese. Pero al llegar la primavera... Algo maravilloso ocurre al llegar la primavera.

Es un florecimiento. O, mejor, un reventar de capullos

y crisálidas, rosas y mariposas. Algo bello y leve, alegre y claro. Son los niños que, al llegar la primavera, salen de sus casas en busca del aire libre, del claro ambiente, del buen sol, del amplio espacio.

Se esparcen por las aceras, por los terrenos baldíos; les gusta formar corros bajo los árboles, que abundan en las inmediaciones, especialmente hacia el Norte, donde ya todo es campo, cubierto de arbolado. Los árboles también florecen en la primavera, como para proteger a los niños bajo la espesa sombra de sus copas.

* * *

Todas las primaveras aparecen entre la multitud de chiquillos algunas niñas, en las que apunta ya su transformación en mujeres. Son todavía unas niñas, pero a ellas les gusta presumir de mujercitas. Las que son un poco mayores, empleadas en talleres y fábricas, y que forman también sus corros por las noches, después de volver del trabajo, no las admiten entre ellas, por "peques"; y a ellas no las gusta juntarse con las más pequeñas, por considerarse mayores. Tienen de diez a catorce años. Con sus melenitas y sus trajecitos por encima de la rodilla, son como miniaturas de mujeres. Usan todavía medias de algodón y zapatos de tacón bajo. Apunta ya en ellas la coquetería en el huir de los juegos que pueden ensuciarlas, afearlas. Van siempre muy limpias, muy pulcras. Sus vestiditos son siempre de colores claros. Es lo que les da aires de mariposas.

Lo que más les gusta es reunirse a cantar los cantares del corro. En la hora del crepúsculo vespertino, hora en que empieza a caer la noche y el silencio sobre el barrio, se elevan sus vocecitas frescas, armoniosas, como los surtidores de una fuente

«Estaba una señorita
de pechos en el balcón,
esperando a que pasara
el segundo batallón.
Pasó por allí un soldado
de muy mala condición;
y la dijo: señorita,
con usted durmiera yo.
Suba, suba caballero,
dormirá una noche o dos;
mi maridito está fuera,
en los montes de León.
Y para que más no vuelva
le echaré una maldición:
que se caiga del caballo
y se parta el corazón.
No dichas estas palabras
el maridito llamó:
Ábreme, cara de cielo,
ábreme, cara de sol,
que te traigo un conejito
de los montes de León.
—¿De quién es este caballo
que en mi cuadra veo yo?
—Tuyo, tuyo, maridito,
que te lo he comprado yo.
—¿De quién es este capote
que en mi percha veo yo?
—Tuyo, tuyo, maridito,
que te lo he comprado yo.
—Y ¿quién es este sujeto
que en mi cama veo yo?
—El chico de la vecina
que en mis brazos se durmió.

—¡Qué chico, ni qué demonio,
si *tié* barbas como yo!
Los ha agarrado del cuello,
los tiró por el balcón.»

El escabroso romance sale de sus labios vestido de pureza. Y es curioso el contraste entre la intención picaresca de las palabras y el tono monótono, de inconsciencia, en que están dichas, como si las palabras sólo fueran un pretexto para el ritmo y para el estribillo, que se repite a cada dos versos:

«Que toma la nita y nita,
que toma la nita y non.»

Hay en sus cantares, como en ellas mismas, un elemento picante, doblemente seductor, por su inocencia.

Mientras saltan en el corro, se ven brillar con frecuencia, en lo obscuro, dos ojos de sátiro, como dos brasas.

* * *

Mariquita, Angelita, Lolita y Juanita son muy amigas. Casi siempre se las ve juntas. Mariquita es la mayor. Ha cumplido trece años. Como las otras son algo menores, tiene un gran ascendiente sobre ellas. Juntas suelen hacer sus escapatorias hacia calles más concurridas, en las que las encanta oír la pianola de algún bar, y mirar escaparates, y pararse junto a los vendedores de golosinas, y mirar sus puestos con miradas largas y codiciosas. ¡Oh! ¡Los puestos de helados! ¡Oh! ¡Si dispusieran de algunos céntimos!... Pero no tienen nada. Son pobres. Y el no poder satisfacer sus menores caprichos ni deseos, pone a veces en sus rostros tersos y suaves una sombra de tristeza, que les da una gravedad de personas mayores, de mujeres hechas.

Cuando se agudizan sus deseos y más las atormenta su pobreza es en los días de verbena. La verbena queda un poco distante de su barrio; pero llegan hasta él las músicas de los organillos, y desde él se divisa, en cuanto anochece, su fiesta de luces.

No pasa día sin que las muchachas hagan sus escapatorias a la verbena. Allí se emborrachan de deseos pueriles, de músicas y bullicio. Se mezclan a las gentes que compran números de rifas y suben a los caballitos de los "tíos vivos". Pero tienen que contentarse con mirar. A veces, el dueño de unos columpios que tiene poca parroquia las hace subir gratuitamente. Es un gesto de ternura que llena de alegría a las niñas y las quita un poco el amargor de no poder gozar de la verbena como las chicas que tienen dinero. Algún señor suele condolerse de sus actitudes y de sus miradas, en las que el deseo pone una vaga tristeza, y les compra alguna chuchería.

Mariquita, tal vez por ser la mayor—tiene trece años—suele ser siempre la más favorecida. Es también la más torturada por la envidia. En ocasiones deja a sus amiguitas para andar ella a su capricho. Ha notado que, cuando va sola, los hombres la siguen, le dicen cosas agradables y le ofrecen regalos y a veces dinero. Ella no sabe bien por qué es aquello, pero le gusta. Sin embargo, su madre no se cansa de decirle que cuando vaya sola por la calle no haga caso a nadie, y huya de los hombres que la hablen, como de la peste. Aquellas continuas recomendaciones de su madre la hacen huir siempre de los hombres que se le acercan; pero las palabras, que entiende a medias, le meten en el alma una gran inquietud. Siente la tentación de pararse, de escuchar, de ver

dónde para aquéllo; pero el temor que le ha infundido su madre puede más. Sin embargo, busca una manera de conciliar sus deseos con la generosidad de los hombres.

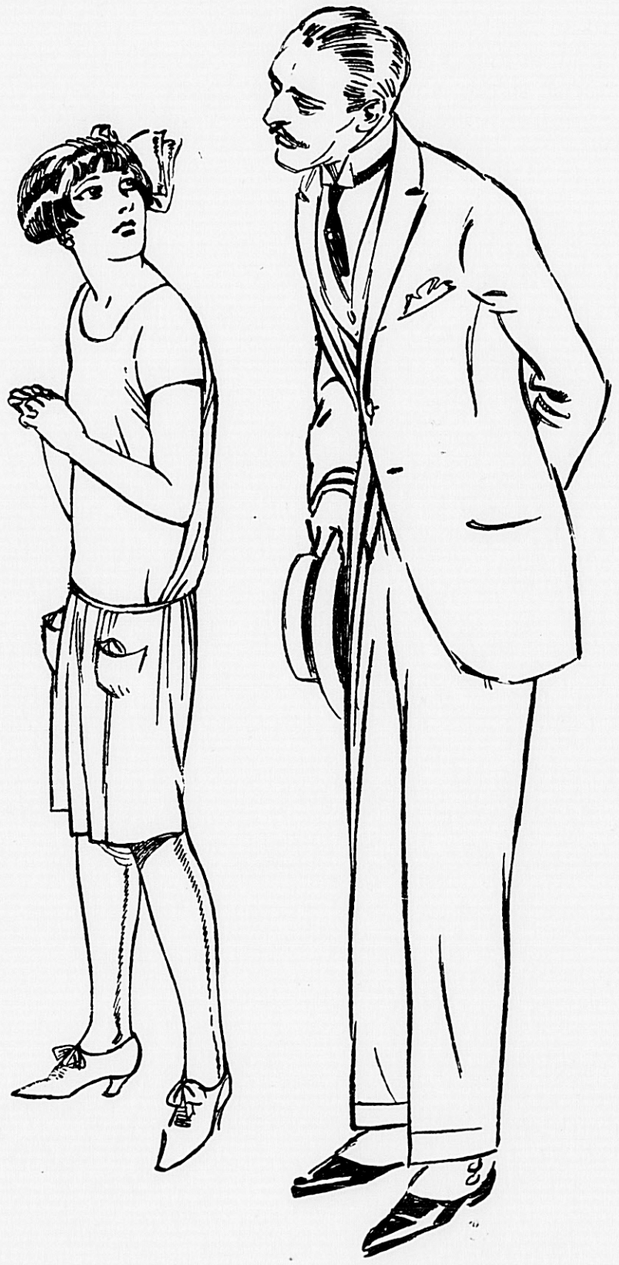
* * *

Tal vez si no hubiera noche ella no se atrevería. Pero la noche se le representa como una encubridora de sus maquinaciones. Le parece que en las sombras no se la ve, y que, por lo tanto, no es ella. Además, cuando llega la noche se avivan sus deseos. Las luces de la verbena son como imanes que tiran de ella con fuerza irresistible, y la música de los organillos va dando vueltas a su alrededor, como la cuerda alrededor del peón; la envuelve, la ciñe, inmoviliza su voluntad, y es como si una mano la arrojara al espacio y la transportara a regiones desconocidas.

Mariquita da esquinazo a sus compañeras, y empieza a vagar por la gran avenida y las calles adyacentes a la verbena. Por una de esas calles en sombra, ve avanzar hacia ella un señor de edad, muy fino, muy circunspecto, que camina lentamente. La niña se le acerca con un gesto compungido y lloroso. Y con voz entrecortada, como si entre palabra y palabra tuviese que hacer una pausa para tragarse las lágrimas, pide:

—Señor, una limosna, que en mi casa no hay qué comer, y mi madre está enferma...

El caballero, un poco sorprendido, se detiene, se lleva la mano al bolsillo, y pone en la manecita que se tiende a él unas monedas de cobre. Pero su piedad se trueca súbitamente en asombro al ver que la niña echa a correr sin disimular, o, mejor dicho, sin poder disimular un gesto de alegría. Se queda un momento indeciso, y luego echa a andar de-



trás de la chiquilla, procurando no perderla de vista. La aventura lo ha turbado profundamente. ¿Qué significa aquello?

Ya a alguna distancia del lugar en que tan admirablemente había fingido su escena, Mariquita se volvió hacia atrás. El caballero tuvo buen cuidado de esconderse para que no le viera. Y ella comenzó a andar tranquilamente, notándosele como una gran alegría. Se detuvo ante un escaparate, y entró. El caballero avivó el paso. Y llegó junto a la puerta de la pastelería donde Mariquita había entrado, en el mismo momento en que ésta salía saboreando un pastel de hojaldre y crema. La miró fijamente; ella lo reconoció, pero se hizo la desentendida y siguió andando, seguida por el caballero. Oyó que él, al tropezarla, la decía:

—¡Ah! Bribona...

Pero hizo como si aquello no fuese con ella.

El caballero se mantenía a una prudente distancia mientras había gente y luz; pero aprovechando un trozo de calle sin luz y sin gente, se acercó a ella y susurró a su oído:

—Oye, nenita: ¿vives por aquí?

—No.

—¿Dónde vas?

—Voy a juntarme con unas amigas.

—Escucha: si me das un beso, te doy un duro.

Habían llegado ya a una zona de luz donde empezaban los puestos de la verbena, y había mucha gente, y la niña echó a correr sin contestarle.

El caballero se quedó un poco cohibido, temeroso tal vez de llamar la atención, y se detuvo, mirando hacia atrás, como quien espera el tranvía; en realidad, asegurándose de que nadie había observado su "juego", y que ningún mal le amenazaba. Nadie. Nada. Respiró tranquilo. Volvió entonces los ojos al lugar por donde había marchado Mariquita, y buscó, buscó... ¿Dónde se había metido? Caminó desorientado, desasosegado. Se metió entre los grupos de gente, se asomó al interior de las tiendas, anduvo de un lado para otro, corriendo tras falsas pistas, tras un vestido del mismo color, tras una melenita negra y desordenada. Recorrió la verbena de un extremo a otro, con una ansiedad febril, sudoroso, secos los labios y los ojos brillantes, hasta que al fin se detuvo rendido, extenuado, como quien no puede seguir. Inquieto, como si hubiese perdido un tesoro. Triste, como si se le hubiese escapado de entre las manos la felicidad. Por encontrar a Mariquita en aquellos momentos, hubiese dado la mitad de su fortuna.



## II

Don Federico Lozano, marqués de Serralúa, que así se llamaba el caballero, se metió en un *taxi* y dió al *chauffeur* las señas de un *restaurant*. Cenaría solo. Quería estar solo. Que nadie viniera a romper el encanto de aquella visión angelical que llevaba grabada en la retina, pues que su mayor placer era evocarla íntegramente.

La veía como un resplandor que le deslumbraba. Bien es verdad que la niña era de una belleza sorprendente. El pelo, negro y ondulado, de su melenita, enmarcaba un rostro terso y sonrosado, como de porcelana. Rostro de muñeca. Los ojos, color de tabaco, grandes, anchos; las pestañas, largas, y las cejas bastante pobladas. La boca, pequeña, con un leve pliegue en la comisura de sus labios, que le daban un no sé qué de hermético y enigmático, y que, al abrirse, descubría la doble fila de dientes, pequeños, perfectos, blanquísimos.

Llevaba un vestidito color rosa pálido, que dejaba al descubierto su cuello, magníficamente torneado; que caía sobre su busto, marcando las breves redondeces de sus pechitos en flor, y que rozaba con el borde sus rodillas. Un cinturón de la misma tela, puesto coquetamente más abajo de la cintura, le daba el aire de una miniatura de mujer. Las medias eran de algodón, de un color gris perla, y los zapatitos, escotados y bajos. Otra vez la imagen de la muñeca: piernas y pies de muñeca; pero de muñeca barata, al estilo de esas que se rifaban en los puestos de la verbena.

Se le aparecía en aquella calle oscura en la que la vió por primera vez, pero no en actitud mendicante y con un gesto doloroso, sino con una sonrisa en la que había un puntito de picardía. Y le inquietaba profundamente aquella aparición. Su naturaleza cansada, de hombre que ha encanecido siendo para el placer generoso en exceso, sentíase rejuvenecida, y el recuerdo le hacía adoptar posturas airosas, como en sus buenos tiempos de hombre conquistador.

Tenía la distinción y el buen gusto de un aristócrata de raza. Y el aire un poco cansado y escéptico. No muy alto, pero sí muy delgado. Las manos, finas; el perfil, aguileño. El pelo, entrecano, peinado hacia atrás, con la raya en medio. Los ojos, claros, fríos.

Hacía tiempo que no hacía vida de sociedad ni se trataba con su familia. Había tenido algunas aventuras borrascosas, y en los últimos años hacía una vida independiente y pasaba largas temporadas en el extranjero.

Pero todos los años tenía que venir a España. Y especialmente en la primavera. El sol de España, el sol de Madrid le hacía bien. Era su fuente Castalia, porque con él le parecía recobrar, si no la juventud, parte de la juventud. En ningún sitio había sentido la densidad de la vida como en su tierra. En otras partes, en París, en Londres o en las playas de moda—Biarritz o Deauville—, la vida le parecía más civilizada, pero, en consecuencia, más artificial. En ninguna parte le sabían las cosas tan a verdad como en Madrid, y especialmente las mujeres. Y de las mujeres, el placer, naturalmente. Toda su vida había sido un gran sensual.

Llegaba a Madrid sin dar cuenta a nadie. Se hospedaba en un gran hotel, y hacía una vida libre, independiente, siempre dispuesto a la aventura. Y la aventura surgía siempre. Para eso tenía dinero y no vivía más que para su placer.

Sólo que cada año iba retrasando más la hora de la aventura, y tenía que iniciar muchas para llegar a la definitiva.

Pero esto requiere alguna explicación: el marqués de Serralúa huía cada vez más de las aventureras profesionales, o apenas comenzada una aventura se hastiaba de ella y no seguía adelante. Se encontraba al paso una mujer que le interesaba, y, como no tenía otra cosa más importante que hacer, la seguía. La abordaba—si ella lo permitía, como es de suponer—; se iniciaba el diálogo, quedaban citados para el día siguiente; pero con frecuencia, a la hora de la cita, en el siguiente día, iba siguiendo a otra mujer. Y con ésta solía repetirse lo que con la anterior. Estas aventuras, abandonadas en su iniciación, le preparaban para la aventura definitiva. Era como un torero que "hace piernas" preparándose para el día de la corrida. Como los ensayos del cómico antes de llegar al estreno. Y le iba ocurriendo ya lo que a los cómicos viejos, que van perdiendo la memoria y cada vez necesitan más ensayos.

Esta temporada en que don Federico Lozano se encontró con Mariquita, llevaba ya algo más de un mes en Madrid, y no había surgido aún la aventura definitiva. Aquel anochecer volvía de entrevistarse con una señora a la que se encontró en la calle de la Montera, saliendo de la iglesia de San Luis. Fué a hablarla, y ella le contuvo:

—No; aquí, no...

Era una negativa, pero era también una promesa. La siguió, en el tranvía, hasta el barrio de Pozas. Luego, a pie, a través de calles cada vez más solitarias y oscuras. Y junto a un solar—ni un farol, ni una persona a la vista—se mostró propicia al abordaje. Allí le contó una historia complicada, donde intervenía un marido bárbaro y celoso, una necesidad económica y un santo, al cual le había pedido que acabara con sus angustias. Total, una aventura vulgar, que se solucionaba con unos billetes, mezclada a un poco de superstición religiosa. Habían quedado en encontrarse al día siguiente. ¿Hubiese seguido la aventura? Le había interesado aquella mujer, que hacía del incienso un perfume voluptuoso; pero después de encontrarse con Mariquita, su imagen se había desvanecido por completo.

Acabó de cenar. Fué a tomar café a una terraza de la calle de Alcalá, y dió una moneda de plata a una florista que vino a ponerle un clavel en el ojal. Sentíase animoso y alegre.

## III

A nadie contó Mariquita lo que había hecho aquella noche. Ni la farsa inventada para conseguir unas monedas y gastárselas en golosinas, ni la persecución del caballero. Y, sobre todo, aquel ofrecimiento: "Si me das un beso, te doy un duro..."

Al oír aquellas palabras había sentido miedo, echando a correr hacia su casa. Fué una cosa instintiva, que obedecía al inmenso temor que su madre sembraba en su alma hacia los hombres que se le acercasen en la calle. Un temor parecido

al que le infundieron con el diablo. Y procuraba reaccionar contra ese miedo. El caballero no podía ser más fino y educado; y, por otra parte, ¿qué mal había en un beso? Se los daba a parientes y conocidos que frecuentaban su casa; se los daba incluso a aquellos por los cuales sentía una invencible repugnancia. Algunas veces había besado también a aquel hombre que solía venir muchas tardes al descampado de los árboles, y que repartía caramelos entre ella y sus amiguitas, pero que ya ninguna quería besar, porque las estrujaba de mala manera, en un abrazo en el que parecía volverse loco. ¡Oh! ¡Aquel caballero no besaría sin duda de aquel modo! ¡Y pensar que por un beso, por una cosa tan simple como un beso hubiera podido satisfacer tantos de sus pequeños caprichos!... Si en los momentos en que hacía estas reflexiones se lo hubiese encontrado, de fijo que no le dice que no.

Pensaba que bien podía tener en su familia un hombre como aquél; pero los hombres de su familia que iban a su casa eran todos pobres hombres que, lo más, lo más, le daban algunos céntimos el día de su santo. Se sintió una criatura desgraciada, sin suerte, condenada a no disfrutar de cuantas cosas bellas hay en la vida, a mirar el espectáculo de las gentes lujosas y satisfechas desde lejos, como miraba las películas de los *cines* al aire libre.

Al día siguiente de su encuentro con el caballero, estaba con sus amigas en la explanada con árboles donde iban a jugar. El hombre de todos los días llegó, como siempre, haciéndose el distraído y mirando de soslayo a un lado y a otro.

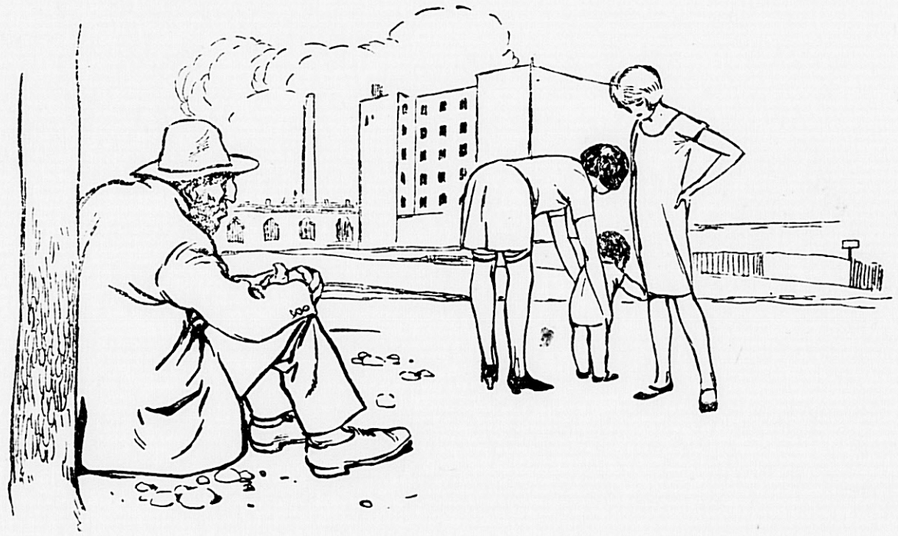
Se echó al pie de un árbol, recostándose en el tronco, según era su costumbre, y abrió un periódico. Cerca de allí, Mariquita y sus amigas saltaban a la comba. Eran dos las que saltaban, y dos las que daban a la cuerda. Recorrían, saltando, pequeños espacios. Iban y venían.

El hombre se fué echando poco a poco, hasta tocar con la cabeza en el suelo. Su vista se proyectaba, por encima del periódico, hacia el grupo de las niñas, cuyas falditas se movían a compás de los saltos, descubriendo sus piernas hasta más arriba de las ligas que sujetaban sus medias. Era la iniciación de la pierna, blanca, sonrosada...

El hombre, entonces, sacaba un caramelo del bolsillo, y las llamaba la atención con una voz silbante y arrastrada:

—¡Eh! ¡Chiquitas! ¡Ahí va eso! ¡Para la que lo coja!

Y tiraba el caramelo cerca de él, para que las niñas se



acercaran. Estas corrían, inclinándose hacia el suelo. El hombre parecía excitarse con el juego de sus cuerpecitos impúberes, pero en los que ya se insinuaban las formas de la mujer. El las azuzaba, tirándoles nuevos caramelos y prorrumpiendo en risas y gritos desarticulados, como si estuviera ebrio. Los ojos, inyectados en sangre, parecían querer salirse de sus órbitas, en tanto seguía los movimientos de las niñas.

Al término de aquel juego se levantó desencajado, lívido;

y ellas, que conocían aquellos accesos, iban a echar a correr, cogidas de la mano, cuando el hombre y las niñas se detuvieron. En la explanada se había presentado un caballero correctamente vestido, con el pelo blanco y el porte señoril. Era el marqués de Serralúa. Miró al sátiro y le recriminó:

—¡Márchese usted de aquí, so puerco!

El sátiro se marchó, corrido y avergonzado; y en el horizonte, incendiado por el sol de la tarde, se recortó un momento su figura, encorvada y temblorosa.

El marqués se volvió luego a las niñas con aire protector:

—No temáis nada, hijitas...

Rondaba por aquellos lugares en busca de Mariquita, y al fin la encontraba. Había tenido suerte. Pero se hizo de nuevas, como si no la conociera.

En aquel momento se acercó también a las niñas la madre de Mariquita, que desde el portal de su casa, donde tomaba el fresco con otras vecinas, había advertido que algo extraño pasaba.

—¿Qué os ha ocurrido?

—Nada, señora—repuso el caballero—. Que cuando pasaba yo por aquí, un sátiro...

—¡Ah! Querrá usted decir uno de esos tíos guarros que vienen al olor de la carne fresca... ¡Como coja yo a uno de esos!...

—¿De modo que eso ocurre con frecuencia?

—¡Calle usted! ¡Si es una vergüenza! ¡Hay mucho vicio! ¡Sí, señor, mucho vicio!

—¿Y cómo las dejan venir hasta aquí solas a estas criaturitas?

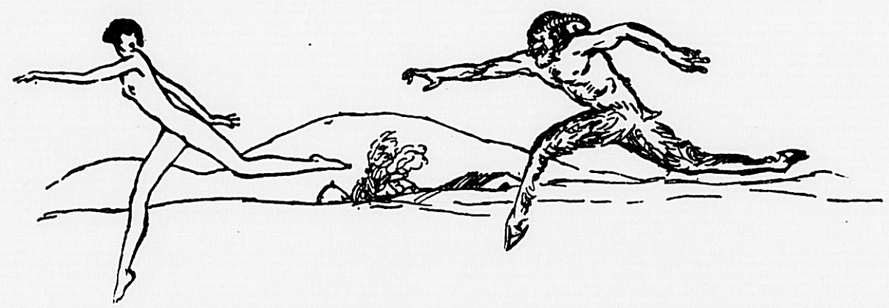
—¡Qué quiere usted! A alguna parte han de ir las niñas, porque lo que es en casa, en llegando el verano, no se *pué* parar...

Así trabaron conversación la madre de Mariquita y el caballero, en tanto se encaminaban hacia la casa donde ellas vivían, haciendo comentarios sobre la moral y la educación. Mariquita se había pegado a la falda de su madre, y miraba al caballero con sus ojos oscuros, grandes, anchos, enigmáticos.

—No serán todas hijas suyas...

—No, señor; tengo ésta y dos chicos.

El caballero dijo con nostalgia que hubiese querido tener una hija así; la madre se lamentó de que no podía cuidarla y educarla como ella quisiera, a causa de su pobreza.



Ya cerca de la casa, para no infundir sospechas con su insistencia, el caballero se despidió. Y al despedirse puso en manos de la mujer un billete de cinco duros:

—Tome usted; algo la aliviará eso.

La mujer se deshacía en palabras de agradecimiento. El quitaba importancia a su generosidad. ¡Aquello no valía la pena!...

—¡Anda, hija! Despídete de este caballero.

El pasó su mano, fina y pálida, de uñas brillantes, por los cabellos ondulados de Mariquita, y la miró muy hondo, con sus ojos, grises y fríos. De buena gana la hubiese besado. Sabía que, en aquel momento, la madre, sin sombra de

malicia, hasta se lo agradecería. Pero no quiso. Temió descubrirse en un gesto. Y aunque hubiese habido también en aquel beso una gran ternura, había un sentimiento confuso de deseo, que le hizo encerrarse en sí mismo. Y con su gesto impenetrable y su actitud de *gentleman,* se alejó de aquellos lugares...

Sabía ya lo que más le interesaba.

## IV

—Buenas noches, señor marqués.

—¡Hola! ¿Tú por aquí?

—Eso era más natural que lo dijese yo: ¿Cómo usted por aquí, don Federico? ¡El tiempo que hace que no le veía! Por supuesto, que ya sé que se pasa usted media vida en el extranjero. ¿Y qué se le ha perdido a usted por aquí? ¡Vamos a ver! Que tal vez pueda yo ayudarle a encontrar lo que el señor marqués anda buscando por aquí...

La escena ocurría en un café de barrio, cercano al lugar en que vivía Mariquita, entre el marqués de Serralúa, que tomaba un aperitivo, y una mujer que, al pasar junto a él, se detuvo un poco asombrada y se acercó a hablarle. La mujer tendría unos cincuenta años, iba vestida de negro, y era andaluza.

El marqués no la invitó a sentarse, limitándose sólo a preguntarle:

—¿Dónde vives ahora?

Abrió la mujer un gran bolso de cuero, negro, que llevaba; sacó de él una tarjeta, y se la entregó:

—Aquí tiene su casa el señor marqués. Y que no se le olvide. Estoy segura de que no echaría el viaje en balde. Tengo unas chavalillas que son unos ángeles...

El marqués la interrumpió con un gesto y con unas palabras de despedida:

—Bueno. Hasta la vista.

—Adiós, señor marqués. Y ya sabe usted que en mi casa es usted el rey...

La celestina salió del café moviendo sus anchas caderas, de flácidas carnes. Serralúa paseó una mirada de desconfianza por la sala, pero se tranquilizó en seguida. Nadie allí podía conocerle. Y a nadie allí podría extrañarle que él cambiara la palabra con la mujer que acababa de salir. Había, esparcidas aquí y allí, alrededor de las mesas, algunas parejas de amantes, algún tendero del barrio, algunas viejas arrugadas, retorcidas, con aire de brujas.

A pesar de que era donde más gente podía conocerle, era en España, y de España, Madrid, donde Serralúa se encontraba más libre, era más dueño de sus actos. En Madrid, las reinas castizas y los reyes chisperos habían dado el tono a una democracia efectiva, que excluía prejuicios de raza y prerrogativas de casta de puertas para fuera. Un aristócrata, por muy aristócrata que fuese, podía mezclarse impunemente con el pueblo, sin que nadie reparase en sus actos. Desde que un rey se vestía de paisano por la noche para visitar las tascas y los meretricios, podía hacerse todo sin desentonar.

Hacía cinco años que no había tenido tratos con la Sara,

que así se llamaba la celestina que acababa de interpelarlo. La última vez que estuvo en su casa, le brindó el amor de una muchacha muy joven, casi una niña. Era el género al cual se dedicaba entonces con gran éxito, según se lo había confesado. Pero todo aquello tenía un aire comercial que no acababa de satisfacerle. Prefería que el amor se manifestase libremente y que tuviese algo de juego de azar.

Pero ¿por qué misteriosa coincidencia venía a encontrarse aquella noche con esa celestina tan ducha en explotar las aberraciones de la senectud? Y ¿por qué, repugnándole todo trato con ella, se había quedado con su dirección? Porque Mariquita se imponía cada vez más a su deseo, porque quería ir hacia ella, y no sabía por qué caminos ir. Porque quería que ella viniese hacia él, y no sabía cómo.

Recordó entonces, con una sonrisa de ironía, las palabras de Cervantes, cuando encarece la necesidad de las alcahuetas en toda república bien organizada.

Oficio bajo y bastante sucio, como de quien anda por los subterráneos y las cloacas del espíritu humano; pero necesario al fin. Iría a verla. Era demasida expuesto el seguir por sí mismo aquel proceso de seducción, o, mejor dicho, de acercamiento a la niña. Había decidido no volver a aquellos parajes próximos a la casa donde vivía Mariquita, para no ser confundido con uno de los sátiros que merodeaban por allí, y cuyos ojos se veían brillar entre los árboles. ¡Si hubiese encontrado un pretexto!... Pero el barrio, compuesto de cuatro casas, estaba aislado, no era camino para ninguna parte, y la presencia de un extraño tenía forzosamente que señalarse con el dedo.

## V

La Sara, como llamaban vulgarmente a Sara Martínez, que éste era el apellido de la celestina, recibió al marqués de Serralúa con todos los honores. Ordenó a la criada que si alguien venía no le hiciese pasar. Como si hubiese salido. No estaba en casa para nadie.

El marqués era un cliente magnífico. Además, ducha en el oficio, tenía un olfato especial para percibir los buenos negocios. Mujer inculta, tenía una inteligencia extraordinaria, que tal vez debiéramos llamar instinto. Y algo le decía a ella que estaba ante "un caso", "un caso" que podía ser muy provechoso.

Serralúa, un poco displicente, oyó a la Sara hacer el elogio de la mercancía, y se dejó presentar una muchacha que no debía tener arriba de quince años. El marqués mandó descorchar champán.

—Esta es la nena que yo más quiero. Lolita se llama. Y cuidao que tiene que ser de casa y de confianza el que vaya con ella. ¡Ya tengo que distinguirle yo! Por supuesto, que mejor que el señor marqués, nadie...

El la oía sin hacerle caso. Se sabía de memoria lo que le estaba diciendo. ¡Lo había oído tantas veces! ¡Tantos otros habrían oído lo mismo!...

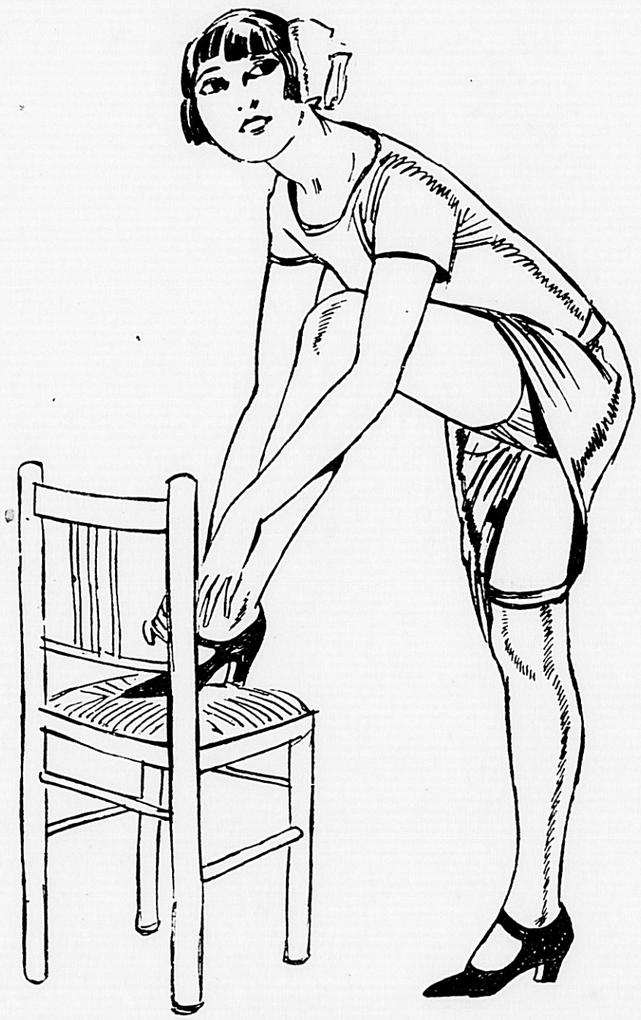
Miraba a Lolita. Era, como la otra, una mujercita en miniatura. Pero así como Mariquita tenía todas las gracias de la niña, la que ahora se presentaba ante sus ojos tenía todas las gracias de la mujer. Estaba vestida y pintada como una

mujer. Sobre sus labios, la doble pincelada del lápiz rojo; en sus ojos, las sombras que acentúan las ojeras, y el *rimel* sobre las pestañas; sobre sus mejillas, pintura sonrosada y polvos blancos. Las cejas, muy finas y muy perfiladas, denotando el largo trabajo de las pinzas, que van arrancando pelo por pelo.

El trajecito es lo único que era de niña. Pero la tela era de una seda impropia de un trajecito de niña, que se pegaba a sus formas. Los senos, pequeñitos, parecían violentados por un artilugio de brujería celestinesca, para hacerlos destacar cuanto fuese posible, empujándolos hacia arriba. La seda del traje, pegándose a la línea de su cuerpo, marcaba la cintura y sus redondeces pequeñitas y graciosas. El traje llegaba sólo hasta las rodillas, como en una niña; pero sus piernas y sus piececitos volvían a recordar el acicalamiento de la mujer: medias de seda, última moda, de color lila, como para llamar la atención a una legua de distancia. Zapatos de tacón alto.

A Serralúa le hacía gracia aquella mujercita, apenas una adolescente, disfrazada de mujer. Pero la encontraba algo que le desagradaba: lo que había en ella de artificial. Y, sobre todo, su mirada, su sonrisa. Había aprendido a mirar y a sonreír como una mujer y, lo que era peor, como una mujer galante, que promete con el gesto un mundo de placeres. Otra cosa que le molestó al marqués fué el desenfado con que bebía, donde se advertía la costumbre, cuanto había en sus gestos de cosa mecánica, de oficio.

La muchacha apenas hablaba. Hablaba por ella la celestina. Pero la celestina se daba cuenta perfectamente de que ni la presencia de Lolita ni sus palabras bastaban a cautivar por completo la atención del marqués, que con frecuencia parecía ajeno a cuanto le rodeaba. De vez en cuando, en uno



de sus silencios, cuando se levantaba para llenar las copas o con cualquier otro motivo, le observaba de soslayo, intrigada, y en su gesto—era de gestos muy expresivos—se podía leer perfectamente: "¿Qué querrá este hombre?"

El champán la excitaba. Y sus palabras eran cálidas, como para incendiar la imaginación del marqués; tenían algo de conjuro gitano:

—Anda, rey de mi casa, alma mía, coge ya en tus brazos a esa muñequita con la que yo te regalo. Es fresca como una flor recién abierta, y tiene las carnes blancas y sonrosadas como un ángel. Cógela ya en tus brazos, y bésala en su boca de rosa. Debajo de su lengua beberás un licor más dulce que la miel y más rico que el champán. Y te parecerá que vuelves a ser un chavaliyo de quince años...

Eran palabras insinuantes, turbadoras, que iban a meterse en la sangre del marqués como chispas de fuego. Cuando terminó su letanía, se retiró la Sara, dejando solos a su pupila y al marqués.

## VI

La salita donde se encontraban era también dormitorio. Un dormitorio, eso sí, que tenía la menor cantidad posible de dormitorio. La cama era como un ancho y largo diván, a ras del suelo, cubierto por un mantón de Manila y vistosos almohadones.

En cuanto salió la Sara, Lolita, un poco ebria por el champán, corrió hacia la cama, y se tiró sobre los almohadones, agitando las piernas en el aire, como si tuviera excesivo calor y se abanicase. Parecía también como si llamara con sus piernas al marqués, que desde lejos la miraba.

Aquel gesto desvergonzado produjo en Serralúa un efecto contraproducente, pues que se había levantado para acercarse a ella y se volvió a sentar. Bebió otra copa de champán, y echó al aire grandes bocanadas de humo, que seguía con su mirada, como si soñase.

—¿No vienes?—le interrogó ella, muy sorprendida.

—No.

—¿Por qué?

—Ven. Acércate.

Ella, extrañada, se puso en pie. Y se acercó a él, cautelosa, con una mirada curiosa y enigmática. Una mirada de niña, que trajo a la mente de Serralúa el recuerdo íntegro de Mariquita. Por primera vez tuvo un gesto de deseo hacia la muchacha, y la atrajo hacia él.

—¿Qué quieres?

—Quiero que te laves la carita y que te quites todos los polvos y pinturas. ¿No comprendes que tú no necesitas nada de eso? ¿No ves que nada puede substituir con ventaja a la frescura de tu juventud?

—¿Y ahora quieres que me lave?

—Sí, vidita, ahora.

—¡Qué caprichosos sois los tíos!

Ya estaba otra vez roto el encanto. Y de un modo inesperado y brutal. La contestación dejó helado al marqués, que la clavó una mirada de reproche. Le molestaba que en una criatura de quince años asomase de esa forma la prostituta, como si llevase dentro de ella una mujer agriada y en-

vejecida en su trato con los hombres. ¿Por qué había aceptado aquella situación creada por la Sara? ¿Es que él había ido acaso a buscar aquello? Sabía perfectamente lo que la Sara y todas las Saras que hay en Madrid podrían ofrecerle. Lo sabía por experiencia, y sabía también que aquello ya no le emocionaba ni le entusiasmaba.

Sin embargo, era evidente que él había ido a buscarla y que parecía haber aceptado la compañía de Lolita. Pero no era aquello lo que buscaba. Aun sin confesárselo a sí mismo, lo que buscaba en la Sara era una mediadora para llegar a Mariquita; y lo que buscaba en Lolita era calmar el recuerdo de la otra. Físicamente no dejaban de tener alguna semejanza: las dos eran como dos miniaturas de mujer; pero ésta tan pronto acercaba el recuerdo de la otra como lo alejaba. Su afán era hacer de Lolita otra Mariquita, y por eso empezaba haciéndole quitar todos los afeites; pero ella se encargaba de demostrarle con sus palabras lo difícil que le sería encontrar en ella la expresión de inocencia que buscaba.

## VII

—No, no se vaya usted todavía, señor marqués. Que, por lo que me ha dicho Lolilla, me parece que usted y yo tenemos que hablar.

—¡Bah!

Serralúa hizo un gesto que no quería decir nada, pero parecía dispuesto a escuchar a la celestina.

—¿A que no me equivoco si le digo a usted que Lolilla está ya un poco pasada para su gusto?

El marqués siguió su costumbre de no contestarla, pero de dejarla hablar, que ella lo interpretaba como una forma de mostrar conformidad a lo que le decía.

—Sea usted franco conmigo, señor marqués. Que una no puede extrañarse por nada, y está una para servirle. ¿A que hay por ahí alguna chavalilla, muy chavalilla, que le ha sorbío el seso? ¿Dónde está para ir a buscársela?

En la mirada de Serralúa leyó que no se había equivocado. Y siguió en ese tono, ofreciéndole tender a sus pies el puente de sus buenos oficios para que caminara sobre él hacia la isla de sus placeres. Y nunca más oportuno el símil, porque precisamente en aquel instante la celestina le decía:

—El placer de cada uno es como una isla, y por muchas vueltas que se den, no se puede salir de ella. Conque venga ya esa confesión, señor marqués, que por mucho que cueste llegar a su isla y por muy sitiada que esté, ya entraremos en ella. ¡Torres muy altas he visto yo caer! ¡Y el mar, por embravecido que esté, se calma a veces con un hilo de aceite!...

—Pues sí, hay una chavalilla, como tú dices...

—¡Acabáramos de una vez, hombre!...

Serralúa le dió el nombre de Mariquita y la dirección de su casa. Ya sabía la celestina tanto como él. Ya sabía lo que quería saber.

—El caso es dificilillo y peligroso.

—Yo pago bien.

—Puedo ir a la cárcel.

—Puedes también hacer tu suerte.

Trataron el asunto largamente. Era fino el olfato de doña

Sara Martínez. No se había equivocado al percibir, con la llegada del marqués, un olorcillo suculento. Ahora procuraba, con una habilidad extraordinaria, sacarle el mayor partido posible a la aventura.

Don Federico la exigía que desde aquel instante se pusiera en absoluto a su servicio. Era necesario que acabara con su tráfico galante y que diera la sensación que desde aquel momento se retiraba a una vida honesta y recatada.

A cambio de esto, la celestina exigía una fuerte indemnización. Quedaron en que, por lo pronto, él sufragaría todos los gastos de la casa y le daría una cantidad mensual; y que, una vez terminado aquel asunto, le entregaría veinte mil pesetas.

Por lo demás, todas eran garantías y facilidades para ella. Su misión era captarse la voluntad de la niña, conseguir una absoluta confianza, hasta llegar así a la obediencia, a que Mariquita la siguiera gustosa adonde ella quisiese llevarla.

El marqués no acabó de descubrirle su pensamiento. Estaba acostumbrado a que se le obedeciera sin hacer partícipes de sus designios a sus servidores. La celestina conocía bien su carácter y se conformó, a pesar suyo, a quedarse en el umbral de la intimidad del aristócrata.

## VIII

Doña Sara ha empezado sus trabajos, que son para ella coser y cantar. Con el pretexto de ver un piso desalquilado, ha ido a la casa donde vive Mariquita, ha conocido a la muchacha y a sus dos hermanitos, más pequeños que ella; ha conocido también a la madre. Y sabe que el padre es un pobre hombre que trabaja de conductor del tranvía. Pide a la madre de Mariquita algunos datos, y para pagar sus informes pone una moneda en la mano de la hija. Es la manera de fomentar su codicia y dejarle un recuerdo agradable. Tiene pie, además, para su segunda entrevista con ella. Procura encontrarla sola y lejos de su casa. La detiene, la acaricia.

—¿Qué has comprado con la peseta que te dí ayer?

—¿Ay, señora! ¡Nada!

—¿Cómo? ¿Nada?

—Sí, señora. Me la quitó mi mamá, porque dice que yo no debo tener dinero y que hace falta para la casa.

—Pues yo te la había dado para ti.

—Eso le dije yo.

—¿Y qué?

—Que me dió un cachete.

La celestina le hace ver que lamenta mucho el percance, y para resarcirla de la pérdida de la peseta y del cachete, le da dos pesetas. Pero la recomienda que ha de ser a cambio de un absoluto misterio, porque entonces volvería a quedarse sin nada. Así la coge por el lado del egoísmo. Y la hace ver que sus relaciones han de tener por base la ocultación; que nadie, ni sus padres, ni sus hermanos, ni sus amigas, han de saber que la ve y la habla. A cambio de eso ella la promete darle dinero para que se compre golosinas y pueda subir al columpio y al "tío vivo", y llevarla de paseo algunas tardes.

De una señora que la trata con tanta dulzura, que a ella le parece tan elegante y tan fina, y que la ofrece tantas satisfacciones, Mariquita no puede temer nada. Su madre la ha puesto en guardia contra los hombres, pero no contra las mujeres. La red que la celestina va tejiendo a su alrededor

es demasiado agradable para que la niña oponga ninguna resistencia. Un día la llevará a su casa y la deslumbrará con sedas y joyas y un ambiente de lujo y bienestar. Y le dirá: "¿Te gustaría vivir aquí conmigo?" Y la niña paseará sus ojos grandes y enigmáticos a su alrededor, y le nacerá en su alma un deseo de quedarse allí para siempre, ganada por aquel ambiente muelle y sensual.

—Y, sobre todo, ni una palabra en tu casa.

—¡No faltaba más!

Al mismo tiempo, la celestina va despertando en ella los sentimientos de coquetería y sensualidad. Va inculcándole la idea de que es un pequeño mundo de belleza, que cada uno de sus encantos vale una fortuna, que un hombre puede colmarla de felicidad con sólo dejar ella que se abran éntre sus manos los apretados botones de rosa de sus senos.

—De quien no tienes que hacer caso es de los muchachos. Los jóvenes no saben apreciar todo tu encanto, ni tienen dinero para pagarlo.

Con delectación va la celestina inculcándole esta idea de aversión a los jóvenes, con lo cual sirve a su señor y sirve también a su odio de vieja meretriz contra los que no necesitan de sus manipulaciones para gozar del amor. Le hace el elogio de los hombres maduros, los hombres de edad.

—Mejor te entregaría yo a un hombre que peinara canas que no a un mozalbete. Los jóvenes no tienen dinero, no pueden pagar ningún gusto, ningún capricho. No saben tampoco lo que vale un ángel como tú.

Aquellas palabras suenan en el oído de Mariquita como una música extraña, que no comprende bien, pero que no le desagrada. ¿A ella qué más le dan los hombres jóvenes o viejos? Si no sabe todavía lo que es amor...

Pero aquello prepara su alma, como la lluvia prepara la tierra para que reviente en ella la semilla. Prepara su alma para una entrevista con el caballero desconocido, a quien no ha vuelto a ver, pero cuyo recuerdo la asalta con frecuencia, y viene a veces como traído de la mano por las palabras de doña Sara.

## IX

El marqués de Serralúa preparaba un viaje. Se lo había dicho a la celestina. Iba a marcharse definitivamente de España, a buscar un retiro para siempre, para el resto de su vida. Aislado del mundo entre cuatro paredes, le bastaba para vivir con tener a su lado aquella niña que se hacía mujer y que era su último, definitivo amor.

Antes de emprender ese viaje, en el que iba a buscar un rincón que le fuera grato para aislarse con su amor, quería ver a Mariquita, quería llevarla en sus ojos.

—Te voy a presentar a un amigo mío, un señor muy bueno—le había dicho doña Sara a la niña.

Y no tardó en aparecer Serralúa. Correcto, atildado, como siempre. Un temblor, casi imperceptible, se advertío en sus labios, en sus ojos y en sus manos.

Mariquita se quedó muy sorprendida.

—¿Le conoc

—Sí...

—¡Anda!—dijo el marqués—. Pues si yo también conozco a tu amiguita.

La niña estaba de pie, cohibida, como refugiada junto a doña Sara. Hacía calor, llevaba los bracitos al aire y vestía un traje de vuela que caía hasta sus rodillas y marcaba sus formas, pero sin descoco, naturalmente. Unas formas breves y apretadas, insinuándose bajo la tela las redondeces geométricas. La presencia del hombre encendió el rubor en sus mejillas y avivó la brillantez de sus ojos, oscuros y grandes. No había tintura comparable al sonrosado de sus mejillas; ni rojo semejante al rojo de sus labios, que trascendían al jugoso rubí de las granadas.

Para acabar con su turbación, doña Sara abrió un paquete de finísimos pasteles y descorchó una botella de champán helado.

—Es este señor el que nos convida, ¿sabes tú?

La niña miró al marqués con una candorosa mirada de agradecimiento.

—Sírvete, rica...

La niña se dedicó a los pasteles con verdadera fruición, y aquello ahuyentó de su cabecita toda idea que pudiese preocuparla, como si no estuviera delante de un extraño. El champán helado, que le sirvieron con mesura para que no le notaran en su casa que había bebido, le supo a gloria. Jamás su paladar había sido halagado como en aquella tarde.

Después de pasado un buen rato, en el que se estableció entre todos una gran familiaridad, y en que la niña recobró por completo la confianza, como cuando estaba sola con doña Sara, el caballero la atrajo junto a sí—estaba sentado—, haciendo que se apoyara en sus piernas.

—¿Y ahora, me darás un beso?

Ella levantó sus ojos grandes y enigmáticos, y le ofreció su boca, fresca y entreabierta. En ella puso sus labios exangües, resquebrajados por la fiebre, el marqués. Mientras con una mano retenía la cabeza de Mariquita, con la otra ciñó su cintura, recorrió tacteando la incipiente redondez de sus caderas. Fué un beso largo, interminable, en el que el marqués



parecía beber de labios de la niña la esencia misma de la vida. Cuando la apartó, murmuraba trémulo:

—Eres un ángel... Eres un ángel...

La celestina atrajo a la niña hacia ella dulcemente, y a sus espaldas su mano se movía como diciendo al marqués:

—Paciencia, paciencia... Espere usted...

Luego Serralúa habló de su viaje. Iba a un país extraño, donde viviría rodeado de comodidades, pero donde viviría solo. ¡Oh, si él tuviese una niña como aquélla! Y entre él y la celestina iban descubriendo a sus ojos una vida encantadora y maravillosa, como un sueño miliunanochesco.

¿Cómo no iba a seducirle la idea de participar de aquella vida?

En el plan del marqués, perfectamente estudiado, entraba el no proponerle todavía la huída, y, sobre todo, no ser él quien se lo propusiera. Se contentó con deslumbrarla, haciéndole entrever un paraíso, del que ella podía gozar si no tuviese familia y si él quisiera...

## X

Mariquita hacía su vida ordinaria como sumergida dentro de un sueño. Algo había cambiado su carácter, pero en su casa no se dieron cuenta. El padre estaba en el hogar sólo a las horas de comer y dormir. La madre tenía sobrado trabajo en la casa con cuidar de sus hijos pequeños y atender a los quehaceres domésticos. No podía emplear el tiempo en vigilar a su hija, ni su atención en seguir sus cambios de carácter. Gozaba Mariquita de esa libertad que es patrimonio de la gente muy rica o de la gente muy pobre. Y nadie prestaba atención a sus breves eclipses, en sus escapatorias con doña Sara, en las que empezaba a alejarse del barrio, en que—sin darse cuenta—iba preparando el camino para el alejamiento total y definitivo.

Un profundo cambio se operaba en el espíritu de Mariquita. Se volvió ambiciosa y egoísta. Y, más que nada, disconforme con la vida que el Destino la había deparado en su casa. Día a día, y en gracia a los buenos oficios de la celestina, se iba afianzando en su cabecita la idea de que era una criatura privilegiada, que había nacido para brillar en el mundo y gozar de la vida, para que la contemplaran y la mimaran.

Es claro, nada más extraño a esa ilusión de la niña que la realidad de su casa, donde tenía que ayudar a su madre en las faenas domésticas, vivir con estrechez, comer mal, no oyendo nunca una palabra amable. Por eso, con el pensamiento, se iba alejando cada vez más y más de su casa. Y empezó a vivir en perpetua adoración de sí misma. Por aquella época descubrió el valor inconmensurable de los espejos, pues mirándose en ellos se consolaba de su mala vida actual, viéndose la criatura más bonita del mundo. Salía ya muy pocas veces a jugar con sus compañeras, entre las que adoptaba aires de señorita distinguida. Ya no se bajaba a recoger los caramelos del sátiro, y cuando algún hombre se acercaba a ella para murmurar a su oído palabras de seducción, lo miraba despectivamente.

# XI

El marqués de Serralúa, después de dar sus instrucciones a la Sara, tomó el tren camino de Cádiz. En Cádiz se embarcaría para Tánger. Había decidido establecer en Tánger su paraíso. Un paraíso cerrado, naturalmente. A los cincuenta y cinco años, después de haber vivido intensamente y de haber viajado mucho, era un hombre escéptico y cansado, que sólo creía en una cosa: el amor, y a quien sólo el amor encendía la ilusión de vivir.

Sócrates, un día, en la lejana y maravillosa Grecia, dijo a sus discípulos reunidos que él, contrariamente a lo que se decía, no sabía nada de nada, y que de lo único que sabía era del amor, como significándoles que el amor era la única verdad, incontrovertible y eterna. Tal creía el marqués de Serralúa, pero sin entender el amor a la manera griega —como el libre juego de los instintos—, sino como un moro.

Recordaba él a un amigo de su juventud, hombre de aguda inteligencia, que había hecho en la política una brillante y rápida carrera. Y que, cuando todos esperaban de él grandes triunfos, dió la espalda a la vida pública y escribió a su jefe diciéndole que se retiraba de la política porque había descubierto que el tiempo que empleaba en ella lo perdía de amar. Y con gran asombro y escándalo de todos, se instaló en Barcelona y vivió como un Alcibíades en un palacete donde se rendía culto al paganismo. Como un Alcibíades y como un romano de la decadencia.

**Pensó en su amigo, porque la finalidad de sus días sería,** como en él, el amor. Pero pensó también que él entendía el amor de distinta manera: haciendo de él un culto, pero también un misterio. Su amor tenía un objeto determinado y único, insustituíble: una muchacha bella y pura como un ángel.

¿Por qué inconsciente asociación de ideas había pensado en Africa al pensar en un sitio donde vivir oculto con el objeto de su amor? Sin duda porque comprendía que de su amor senil debía hacer un misterio, y él había visto, en sus viajes, hasta qué punto los moros sabían hacer del amor un misterio. Había visto asimismo que los moros viejos y sensuales, cuya sabiduría de amor era proverbial, elegían para su placer a las más jóvenes de sus esclavas, aquellas en las cuales empezaba a apuntar la pubertad. Recordó también que tanto el hogar como el harén son sagrados para los moros, y que entre ellos podría realizar su ideal de aislamiento.

Por eso decidió establecer su paraíso en Tánger. Pensó primero en Tetuán, la ciudad marroquí con más carácter entre las que conocía, en la sedante quietud de sus barrios indígenas, en el blancor deslumbrante de sus casas, en su cielo azul y radiante, en las sombras espesas que dividen las calles, en sus palmeras altas, en la serenidad de sus noches; pero pensó también que era español y que no podría sentirse allí tan libre como él ambicionaba.

Tánger, a pesar de su cosmopolitismo de puerto franco y zona internacional, le pareció que conservaba aún un carácter bastante definido, y que en algunos de sus barrios, netamente moriscos, podía encontrar su retiro amoroso. Y por eso se dirigía a Tánger.

Una vez en la ciudad, encargó a un judío que le adquiriese un palacio moro. No había pasado aún una semana cuando el judío había encontrado lo que deseaba Serralúa.

Una casa como un embudo blanco; algunas ventanitas en lo alto, cerradas con espesas celosías, y la puerta de la calle, gruesa y claveteada, siempre cerrada.

Por fuera, nada que descubriese el interior. Paredes blancas, lisas, desnudas.

Por dentro, procuró el marqués darle el esplendor y la suntuosidad propia de los palacios árabes. Las habitaciones amplias, en las que brillaba la policromía de sus cúpulas, fueron amuebladas convenientemente. Hizo que limpiaran de impurezas el jardín y el estanque que reflejaba el cielo en el centro del patio. Las columnas que rodeaban el patio, sosteniendo las arcadas, le recordaron, por lo gráciles y esbeltas, el cuerpo de la adolescente para la cual preparaba aquel paraíso.

Una vez arreglado el palacio a su gusto, tomó varias criadas y esperó.

## XII

Doña Sara recibió el telegrama que esperaba, según las indicaciones de Serralúa. Era un telegrama que, tras unas palabras que a nada comprometían, se escondía la orden del marqués para que llevase a Tánger a Mariquita.

La celestina había procedido de tal modo en su labor de captación de la muchacha, que Mariquita no tenía más voluntad que la suya. Con los ojos cerrados estaba dispuesta a hacer cuanto la mandase, convencida de que de ella no podían venirle más que cosas agradables. Había llegado a dominarla de tal modo, que la chiquilla, sin darse cuenta, la obedecía, aunque de una manera especial: creyendo que no obedecía más que a su propio instinto y deseo. Mariquita podía tener la impresión de que en todo momento se realizaba su voluntad, sin percibir que los resortes de su voluntad estaban en mano de doña Sara.

Primero la hizo soñar con una vida de lujo y comodidades; luego le mostró la posibilidad de que su sueño se transformara en realidad si el marqués quisiera tenerla a su lado.

—Si tú fueras sola... Si no tuvieses familia...—solía decirla doña Sara, dejándola entrever que en ese caso no habría inconveniente ninguno para su cambio de vida.

Así la fué llevando, como por una pendiente, a un estado de alma excepcional. De buena gana la niña hubiese querido ser sola, no tener a nadie, para que así no tuviera ningún reparo el marqués en llevarla a su lado.

Aquella tarde, cuando llegó Mariquita a casa de la celestina, ésta le dijo que en varios días, tal vez en muchos días, dejaría de verla, pues había recibido un telegrama del marqués—nunca le llamaba de otro modo, para así darle más importancia a los ojos de la niña—, en el cual la llamaba.

—Como no quieras tú venir conmigo...

Soltó esta frase así como al azar, como quien no dice nada, como por cumplir. La niña calló. Sus grandes ojos se fijaron en doña Sara con una intensa melancolía. Tras una breve pausa, la mujer se volvió a ella.

—¡Qué calladita te has quedado!... Qué, ¿vas a sentir mucho el que me vaya?

Mariquita estaba a punto de llorar. Dos lágrimas se asomaban a sus ojos.

—Pero ¿qué es eso, vidita? ¿Vas a llorar ahora? ¡Anda, tonta! ¿Es que quieres venir conmigo?

El rostro de la niña reflejó uno de esos fenómenos atmosféricos en que llueve y hace sol. Sonreía en tanto dos gruesas lágrimas caían por sus mejillas. Y con el gesto contestaba afirmativamente a la pregunta de doña Sara, que continuaba hablándola:

—¡Haberlo dicho, chiquilla! ¿Qué más puedo querer yo, sino ir contigo? ¿A quién quiero yo en el mundo nada más que a ti? Anda, a secar esas lágrimas en seguida y a arreglarte para el viaje... ¡Verás, verás qué sorpresa!...

Diciendo esto fué a una habitación contigua y volvió con varias cajas, donde asomaban sedas y encajes.

—¿Sabes para quién es todo esto? Pues para ti.

La niña no se paró a meditar en lo extraño del caso de que doña Sara tuviese allí a la mano ropas riquísimas para ella.

—Vas a ir vestida como una princesa. ¡Menuda sorpresa se va a llevar el señor marqués!

Los ojos de Mariquita brillaban de alegría al ver las prendas que doña Sara iba sacando de las cajas: sedas, batistas, cintas y encajes.

—Y ahora, todos estos pingos fuera, ¡fuera! ¡A la basura!

Y en tanto hablaba así, la celestina iba desnudando a la niña, tirando lejos de sí el trajecito de percal, descolorido de tanto haber sido lavado; la enagüita sucia y ordinaria, remendada y sin ningún adorno; las medias de algodón, gruesas y corcusidas; las alpargatitas blancas, o, mejor dicho, que habían sido blancas...

Al tirar cada una de las humildes y viejas prendas, doña Sara hacía un comentario gracioso, y Mariquita reía, como entregada al más divertido de los juegos.

Desnuda y frágil, como una estatuilla antigua, la niña estaba inmóvil, esperando que la vistiese de nuevo, ante la celestina, que una vez más la hacía reparar en sus encantos corporales, y la hablaba de los placeres del cuerpo con una claridad reveladora de muchas cosas que Mariquita apenas percibía. En aquellos momentos permanecía extática.

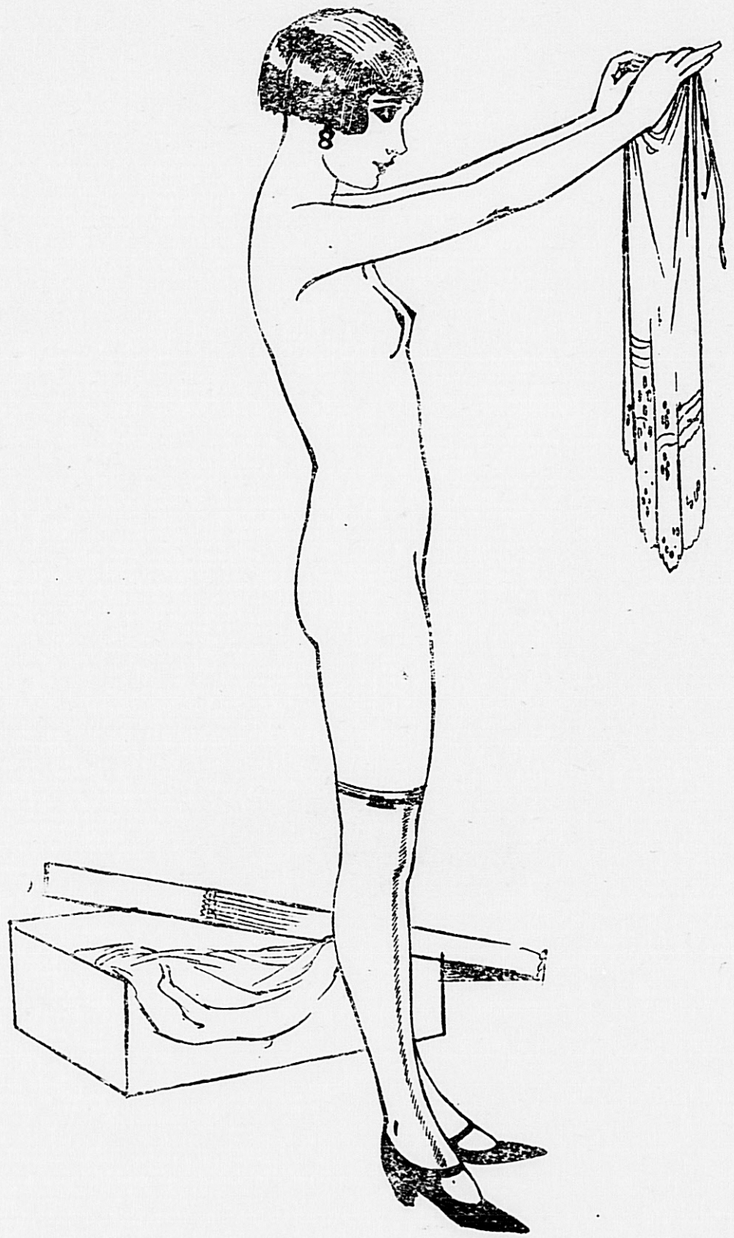
En cambio, cuando doña Sara sacó de una caja una camisita de fina batista, con cintas rosadas y primorosos encajes, empezó a saltar y a palmotear, dando grandes muestras de alegría. Aquello lo comprendía mejor y le hablaba más a los sentidos que las palabras de la celestina. ¡Cuántas veces se había extasiado mirando una prenda así en un escaparate! ¡Y cuánto había deseado sentir sobre su carne la caricia de las finas telas de hilo, y de aquellos encajes, y de aquellas cintas de seda!

Después de la camisita, la puso las medias de seda y un diminuto pantalón de la misma tela que la camisita y adornado lo mismo. Así, de pie sobre la alfombra, muy tiesa, sin mover un músculo, extasiada ante sí misma, parecía, como nunca, una muñeca, una muñeca de esas grandes, finas, gordezuelas, magníficamente torneadas.

Luego doña Sara desenvolvió una preciosa enagua-combinación, de seda blanca, también con encajes y cintas, tan caros a la niña, y se la puso sobre su cuerpecito.

Completó su atavío con otro vestido claro, de crespón de China, unos zapatos de finísimo tafilete y un sombrerito de paja adornado con un gran lazo.

Mariquita no cabía en sí de gozo. Y en todo el tiempo que se estuvo arreglando la celestina, que también se prepa-



ró elegantemente para el viaje, no se quitó de delante del espejo.

¡Quién sabe cuánto tiempo hubiese permanecido allí, extasiada ante su transformación, que hacía resaltar prodigiosamente todos y cada uno de sus encantos!... Pero doña Sara le dijo que había llegado el momento de partir. Y la hizo ponerse un abrigo ligero para el viaje, de color gris perla.

—¡Andando, preciosa! Y que no se te olvide que desde este momento eres hijita mía...

Salieron de la casa. ¿Adónde iban? ¿Por cuánto tiempo? Eran preguntas a las cuales Mariquita no podía responder concretamente y que la inquietaban, porque no se las hacía en su imaginación. Se dejaba llevar. El viaje era demasiado agradable para que se interrogara a sí misma sobre su término y ni aun sobre sus consecuencias inmediatas. Las sensaciones del momento la poseían de un modo total, absoluto, para pensar en nada. Y delante de sus ojos, la ilusión del mañana era como un imán que la atraía irresistiblemente.

Media hora más tarde, en la estación del Mediodía tomaban el tren para Cádiz, muy satisfechas y sonrientes. Parecían, en realidad, madre e hija que emprendían un largo viaje de placer. Su actitud no era para alarmar a la Policía ni infundir sospechas.

Se instalaron en un departamento del coche-cama. Tan absorta se encontraba Mariquita por el cambio que se operaba en su vida, que ni siquiera pensó en lo que ocurriría en su casa al comprobar su fuga. El pasado se había desvanecido en su imaginación; era como una pizarra donde había escritas cosas que se sabía de memoria y por el cual pasaran una esponja mojada que lo borraba todo. Y no experimen-

taba ninguna tristeza. La perspectiva de un porvenir halagüeño la llenaba de ilusión y de alegría.

Acunada por el traquetreo del tren, se durmió. Y soñó con cosas fastuosas y deslumbrantes. Soñó que era la protagonista de un cuento de hadas, que vivía pobre y zarrapastrosa, siendo una princesa, una princesa que vivía encantada hasta que venía su hada madrina a romper el maleficio y transformar sus harapos en sedas, y la cubría de joyas, y la llevaba en un vuelo a la corte de un rey fabuloso donde había de reinar, donde había multitud de criados que la servían y la agasajaban... Soñaba dormida como sombras de lo que soñaba despierta.

Nadie las molestó en el viaje ni a su llegada a Cádiz, donde fueron, de la estación, directamente al puerto, a embarcar para Tánger.

Le pareció a Mariquita que seguía soñando, pues Cádiz, desde la cubierta del barco, de noche, con sus innumerables luces, junto al mar, que ella no había visto nunca, se le figuraba cosa de fantasmagoría y de sueño. Y disimuladamente, sin confesar ni aun a doña Sara su miedo pueril, se daba un pellizco, para comprobar que no dormía, que el dolor de su carne le revelaba que estaba despierta.

## XIII

En el puerto de Tánger las esperaba Serralúa. Mariquita podía creer que seguía soñando, tal era la novedad del espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Una ciudad como sólo habría podido ver en sueños, un maravilloso panorama de casas blancas, con los remansos de sus jardines, dominado por las torres de las mezquitas. Y aquí y allá el verde abanico de las palmeras, que parecían abanicar la ciudad, enervada por un calor bochornoso.

El *auto* que los conducía atravesó algunas calles de aspecto europeo, pero en las que se mezclaban las gentes más extrañas. Era como una visión cinematográfica, animada por las innumerables voces de los vendedores ambulantes. Gentes de todos los países y de todas las clases sociales. Señoras ricamente ataviadas a la europea, y moras con sus mantos blancos y la faz velada, en la que sólo se distinguían los ojos, negros y brillantes. Moros pobres, con sus gil-labas ordinarias y sucias; otros que parecían grandes señores y lucían blancos y azules albornoces. Vió algunos tipos repulsivos, vistiendo una especie de sotana de color ala de mosca, llena de manchas, y tocados de un gorrito que hacía juego con el traje. Al atravesar un zoco, le pareció que estaba en una verbena exótica, por el bullicio y la cantidad de gente congregada, y porque había saltimbanquis y bailarines y domadores de serpientes... Su vista se fué algunas veces tras las tiendecitas de los indios, con los escaparates y las puertas llenos de colgaduras multicolores...

Al acercarse al barrio de la morería cesó el bullicio. Era un barrio hermético, blanco. Al cruzar una calle, vió en una pared una fuente magníficamente labrada, y vió a una muchacha, poco más o menos de su edad, pero del color de los dátiles, que, arrodillada sobre el mármol de la fuente, acercaba su boca al chorro del agua. Un vestidito muy leve la cubría a medias, e iba descalza. La envidió un instante, porque estaba sofocada y sedienta.

Llegaron a una calle por donde el *auto* no pudo pasar.

Bajaron. Y siguieron a pie por un laberinto de callejuelas hasta que Serralúa se detuvo frente a una puerta gruesa y claveteada, y llamó. Salió inmediatamente a abrir una criadita negra, que volvió a cerrar la puerta tras ellos. Ya estaba el ángel en el paraíso del sátiro aristócrata.

## XIV

El marqués obsequió a la mujer y a la niña con un banquete espléndido. Los alimentos reparaban las fatigas del viaje, y los licores, frescos, compensaban las angustias del calor.

Servía a la mesa una mora amplia y barriguda y la negrita que les abriera la puerta. El comedor estaba puesto al modo europeo, pero los tapices, los calados de las altas ventanas y la policromía del techo advertía que estaban en una casa árabe.

Serralúa no había enseñado a sus huéspedes más que un patinillo de azulejos y mármoles, que era lo primero que se encontraba al entrar, el patio grande, abierto al cielo, con el jardín y el estanque, y la habitación en la cual estaban.

La comida terminó con gran lujo de repostería y confituras, como correspondía estando dedicada a Mariquita. Y por último, bebieron hidromiel salpicado de azahar y agua de rosas. La criadita negra les lavó las manos y la mora las perfumó con sahumerios.

A Mariquita, vencida por el sopor, se la cerraban los ojos. El marqués, que sólo atendía a ella y de ella sola se cuidaba, se le acercó, le acarició la melenita, la besó en la boca y la invitó a que se acostara a dormir la siesta.

La criada mora se llevó a la niña, que iba ya con los ojos cerrados, y apenas se dió cuenta de la habitación a la cual la condujo en sombras y propicia al sueño. Se echó en una colchoneta que había en el suelo, junto a la pared, y no tardó en dormirse.

En tanto, en el comedor, Serralúa y la celestina, hablaban. Parecían estar de acuerdo en todo. Quedó sola un momento doña Sara y a poco volvió el marqués con un fino fajo de billetes grandes. Se lo entregó a la mediadora y ésta lo guardó en su gran bolso. Se despidieron. Tenía prisa la mujer por regresar a España, tal vez por huir de aquel sitio, donde quedaba la prueba de su intervención en un asunto peligroso. Deseaba ya estar en su casa de Madrid, por lo que pudiera acontecer...

Sin embargo, se hacía sabias y tranquilizadoras consideraciones: aquello no podía traer graves consecuencias; difícilmente nadie daría con el refugio que había buscado el marqués, y, además, todo se había hecho como cuadraba a personas distinguidas y civilizadas, que no podían ser confundidas con vulgares delincuentes. Sentíase protegida por la sombra prócer del marqués...

Este la hizo acompañar por la criadita negra que les había abierto la puerta, y sin cuya guía no hubiese sabido salir del laberinto de callejuelas que había cruzado para venir.

# XV

Un poco sorprendida se mostró Mariquita al despertar y ver cuanto la rodeaba. A su lado, el marqués, como si hubiese estado velando su sueño. Se extrañó de no encontrar también a su lado a doña Sara, pero la novedad de todo lo que tenía delante volvía a imponérsele de modo que no la dejaba mirar hacia atrás. Lo único que la molestaba era el calor. Y envidió a la criadita negra que andaba por allí, que sólo llevaba una túnica blanca sobre sus carnes y los pies descalzos metidos en unas babuchas.

El marqués se entregó por completo a la muchacha. No disimulaba ya su gesto de captación, de pasión. Un poco raro lo encontraba Mariquita con su traje de seda cruda, la camisa descotada y los zapatos blancos. Pero no mostró hacia él ninguna desconfianza. El color de su rostro era aún más pálido y parecía más viejo. Sin embargo, sus ojos grises eran más brillantes, como chapeados de cristal.

A una orden de Serralúa, la criadita negra se marchó para volver con dos "neggafas", criadas moras expertas en las cosas del amor.

—Con este traje te asarás de calor—la dijo el marqués, en tanto la acariciaba—. Estas mujeres, que de hoy en adelante son tus criadas y están a tus órdenes, te darán un traje más apropiado. Déjate guiar por ellas.

Y se marchó a otra estancia a esperar.

Las dos moras se inclinaron ante la chiquilla, haciendo grandes zalemas y cambiando palabras que ella no comprendía, pero que, a juzgar por su tono, acariciador y meloso, debían ser dulces palabras de alabanzas. No parecía sino que se hallaban ante un ídolo.

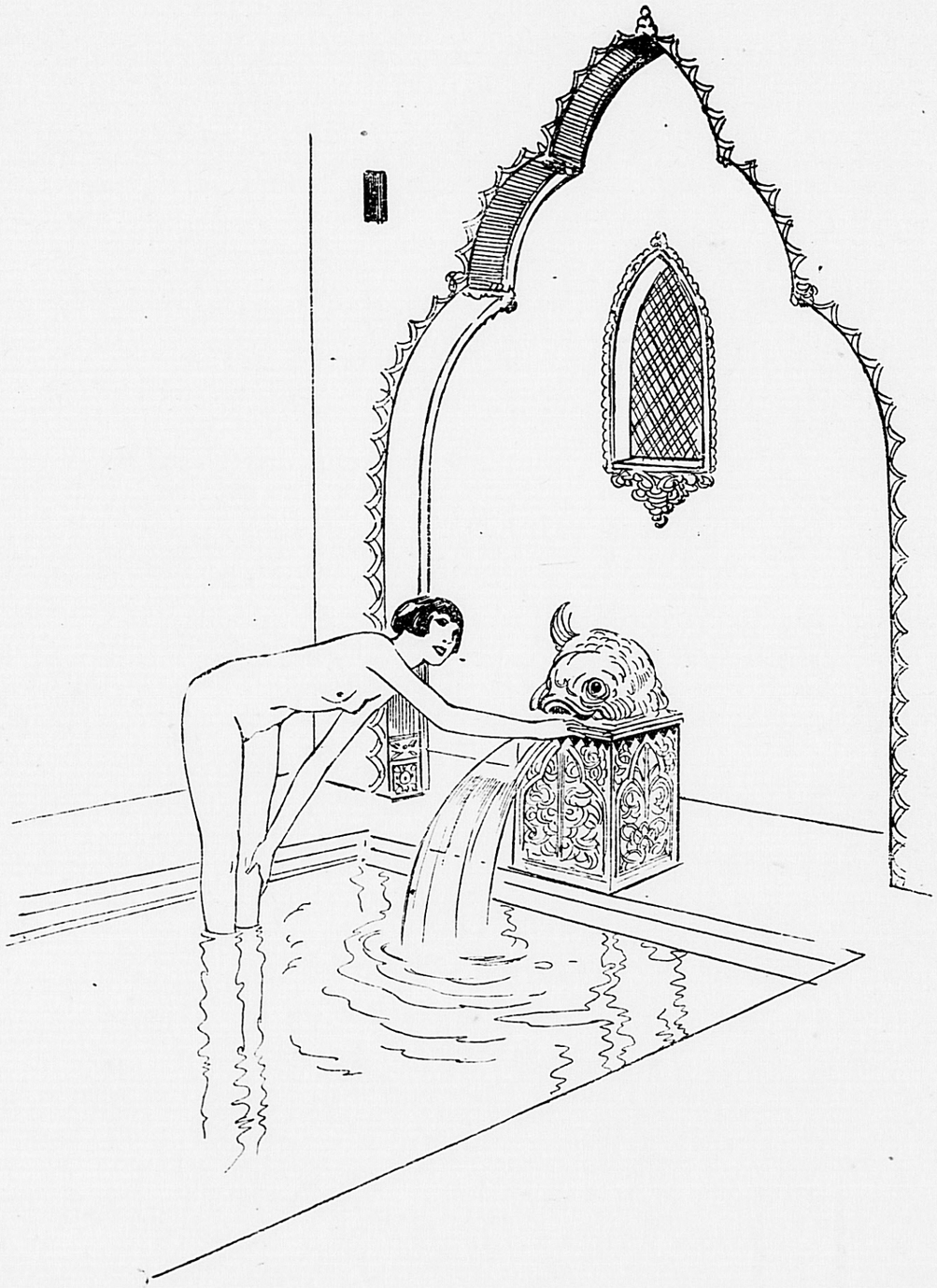
Luego, haciéndola sentar sobre blandos almohadones, empezaron a desnudarla. Cada prenda que le quitaban era objeto de comentario y extrañeza para las moras, que cambiaban entre ellas palabras ininteligibles para Mariquita. Cuando hubo quedado desnuda, cambiaron una mirada picaresca y se quedaron contemplándola largamente. Una de ellas, como quien acaricia un juguete, la acarició los senos pequeñitos, pero perfectamente moldeados, le tocó los pezones, que apuntaban apenas, sonrosados, rió nerviosamente y se los volvió a tocar, como en un juego. Mariquita se echó para atrás, estremecida. Las moras reían. Era como si tuviesen en sus manos un juguete.

La llevaron al baño. Una habitación resplandeciente de mármoles y azulejos, con un pequeño estanque en el centro. En la superficie del agua transparente, multitud de rosas deshojadas.

Al entrar en el estanque, Mariquita parecía otra rosa, fresca y sonrosada, recién abierta. Y al multiplicarse en el agua su figura, dijérase que la rosa de carne se deshojaba.

Sumergió la muchacha muchas veces su cuerpecito en el agua tibia, que la envolvía como en una caricia total. Y aspiraba el perfume de las rosas finas que perfumaban el agua, y jugaba con los pétalos dispersos.

De pronto, una lluvia de rosas cayó sobre el estanque, y algunas dieron a Mariquita en la cara, en la cabeza, en los hombros, en el pecho, en los brazos. La niña dió un grito de sorpresa y las criadas palmotearon y rieron infantilmente. Las rosas caían de una alta ventanita que había en el cuarto de baño y era el marqués quien las arrojaba. Quería así des-



pertar su recuerdo en la mente de Mariquita; hacerse presente y visible, estando invisible y ausente.

Después del baño, las moras sentaron a Mariquita en una especie de trono o solio que había junto a la piscina. Allí secaron cuidadosamente el cuerpo de la virgen. Recortaron y pulieron las uñas de sus manos y de sus pies. Peinaron su melenita de cabellos ondulantes y compactos.

Siguiendo las instrucciones de su señor, no extendieron sobre su piel ningún óleo perfumado, ni pusieron en su rostro ningún afeite. Nada tenía Mariquita que no fuese ornato natural, ingénita belleza, prístino color.

Una vez hecha la sencilla toaleta cubrieron su cuerpo con una túnica de finísima tela blanca de hilo. Ni cinturón ni ningún adorno, que no son atributos de virgen, que ése era el gusto de su señor europeo, coincidente con la tradición árabe.

Bajo la leve túnica se transparentaba el cuerpo de la adolescente. Las criadas hicieron ante ella nuevas zalemas y la invitaron a pasar a una habitación contigua, por una puerta que se abría en la misma pared en la cual estaba el ventano por el que habían caído las rosas. Era una puerta sin puerta, cerrada por una cortina de gasa oscura. Nada más trasponerla, Mariquita se detuvo, como deslumbrada.

Todo el piso de aquella estancia estaba sembrado de azahares, que parecían fundir su blancura en el ambiente. Las paredes estaban recubiertas de tapicería de colores. A lo largo, asientos muy bajos, cubiertos de vivos cojines bordados. La cama, a usanza del país, estaba en una hornacina, bajo un gran arco de mármol labrado, como un encaje.

Junto a la hornacina donde estaba el lecho, en el blando asiento a ras de tierra y entre almohadones que eran como

cascada de colores, estaba el marqués. Había cambiado su traje de seda blanco por una bata de colores claros.

Si la niña se detuvo en la puerta deslumbrada, él parecía extasiado, como ante una aparición.

—¡Ven! ¡Ven aquí!

Mariquita avanzó, pisando sobre la blanca alfombra de azahares. Como más exactamente que pisar, parecía que resbalaba sobre las flores, Serralúa podía hacerse la ilusión de que la niña que avanzaba hacia él era un ángel y que volaba envuelta en una nube.

Un brazo del marqués aprisionó la cintura de la virgen y la atrajo hacia él, haciéndola caer en su asiento, entre los blandos almohadones.

—¡Al fin! ¡Al fin!—eran las únicas palabras del marqués, dichas en un balbuceo.

Y sus labios, secos y resquebrajados, buscaban la frescura de la boca de Mariquita con la ansiedad y la fruición que el sediento acerca sus labios al chorro de una fuente; y sus manos, temblorosas y cálidas, buscaban un consuelo a su ardimiento en tocar la carne de la núbil, fresca y suave.

Ella estaba un poco alarmada por aquel juego de caricias y de besos; pero no hacía ninguna demostración de extrañeza ni de desagrado, porque presentía que había llegado la hora de revelarse el misterio que la rodeaba desde que había conocido a aquel hombre.

El largo baño había puesto laxitud en todos sus miembros, y el perfume de los azahares parecía meterse por todos los poros de su cuerpo y subir a su cerebro, como un vino, entorpeciendo su pensamiento y dándole un deseo de cosas extrañas y vagas.

Por la abertura de su túnica asomaban sus dos piernecitas, de curvas maravillosas, y de un color sonrosado tan puro, tan extraterreno, que parecía mármol pintado con luces de aurora. En la conjunción del triángulo venusino dijérase que asomaba el sol, con un hacecillo de rubios y rizados rayos.

Poco a poco fué el marqués abriendo la túnica de la virgen y sorbiendo, primero con los ojos y después con los labios, todos sus encantos. Con tal ansiedad recorrían sus besos el cuerpo maravilloso de Mariquita, que se le adivinaba el deseo de que aquel cuerpo de niña, frágil y delicado, fuese aún más pequeño, para poderlo besar todo entero con un beso.

Eran todas las primaveras de su vida las que renacían ante el espectáculo magnífico de aquel alborear de primavera hecho carne que tenía entre sus brazos.

Al besarla en la boca, le parecía sorber el hálito virgen de la tierra antes del pecado, cuando toda la tierra era un paraíso y el hombre no la había hollado aún, no la había violado todavía. Y comprendió toda la verdad y toda la magnificencia del cantar del rey Salomón, cuando dice que bajo la lengua de la amada fluyen las más dulces mieles.

La levantó en sus brazos y la acostó en aquella especie de nicho—la cama árabe que él había querido conservar para sus amores, y que en aquel momento iba a ser su tálamo nupcial.

Agil, como cuando tenía veinte años, subió al lecho, tras de haber dejado en él a la adolescente.

Había querido gozar de aquel amor como un mozo, y ahora era como si se pusiese bajo la advocación del dios del Amor de los árabes, que es el dios de los ángeles.

En la hornacina resplandeciente, sobre la blancura del lecho, yacía el cuerpo desnudo de la virgen, en espera de la

revelación del gran misterio presentido. Y tenía su cuerpo la gracia frágil y suprema de una tanagra.

Al subir a la cama y meterse en la hornacina, el marqués se había quitado la bata; pero se quedó con un *pyjama* de finísima seda rosa, tal vez en un estudiado gesto de coquetería, para que no desentonara su cuerpo decrépito junto al frescor y la tersura del cuerpo de la núbil, tan ardientemente deseado.

Y allí se recreó otra vez en aprisionar entre sus manos las formas, apenas insinuadas, de Mariquita; en recorrer una y mil veces las líneas de su cuerpo, líneas suaves, fugitivas...

Luego la estrechó en un frenético abrazo; cogió sus labios, gordezuelos y frescos, entre los suyos, aprisionándolos en su boca con una argolla de fuego; clavó su mirada en sus ojos, que quedaban bajo los de él... Los ojos de Mariquita le miraban, primero enigmáticos y sonrientes, luego con una expresión de extrañeza, de inquietud y zozobra... De pronto reflejaron un gran dolor y se cubrieron de lágrimas. Quiso la niña gritar, pero su boca estaba presa en la del marqués; hizo con su cuerpo un movimiento brusco, de liberación, pero se sintió atenazada. En los ojos grises, acerados, del marqués, leyó la voluntad indomable, cruel y violenta, de un placer que para ella era una tortura... Y no vió más, porque la agudeza del dolor la privó del sentido...

## XVI

Doña Sara volvió a Madrid. Habían pasado ya varios días de la desaparición de Mariquita, y en los periódicos era el tema de actualidad. Nadie había sospechado de ella. Ahora podía respirar tranquila. Ya, aunque alguien persiguiera sus huellas, era inútil. Nada encontraría.

¡Cuán diferente el retrato de "la niña desaparecida" que publicaban los periódicos, pobrecita y humilde, a la niña lujosa y pimpante que ella había acompañado hasta Tánger!

Había cumplido a maravilla su oficio de intermediaria, tan necesario para la buena marcha de la república, para que las gentes de dinero puedan sentirse en todo momento dentro de la más absoluta moralidad.

Salieron a relucir algunos sátiros desharrapados, de los que merodeaban por el barrio y salían por detrás de los árboles, sucios y barbudos. Se habló de la desmoralización en las clases pobres...

En el barrio hubo un revuelo enorme. Aparte del dolor y la desesperación de los padres, los comentos del vecindario. El asunto acabó en chisme de portal.

Por otra parte, despertó una curiosidad enorme en las niñas compañeras de Mariquita, en todas las niñas del barrio y en todas las niñas de la ciudad. Sobre todo, en las niñas en las que ya apunta la mujer, en las adolescentes. Procuran descifrar algunas cosas de las conversaciones oídas a personas mayores, que no acaban de entender. Y ante los comentarios de los periódicos, abren desmesuradamente los ojos. Muchas de ellas quisieran ser "niña desaparecida".

A veces, en los comentarios, de labios de una mujer del

pueblo, se desprende una filosofía cínica, llena de resignación.

—¡Qué horror!—dice una dama piadosa—. ¿Qué habrá sido de esa pobre criatura?

—¡Ay, señorita!—comenta la mujer, que tiene cinco hijos y vive en una choza de Las Injurias—. Si ella quisiera, ya se sabría dónde está. Lo que pasa es que, a lo mejor, está tan contenta. Acostumbrada a la miseria de su casa...

—¡Huy! No diga usted eso.

—¡Quién sabe si habrá sido su suerte! Que lo que es pa vivir toda la vida arrastrá, como una vive...

La pobreza no tiene entrañas, ni moral.

## XVII

Pasan los días. Continúa el misterio de "la niña desaparecida". Continuará siempre, porque el marqués no dejará que se escape tan fácilmente el ángel de su paraíso cerrado. Pero la niña ya no es una niña...




NUMEROS PUBLICADOS

Se remiten los números que a continuación se mencionan, previo envío de su importe a esta Administración, Alcalá, 177, en sellos de Correos españoles o Giro postal.

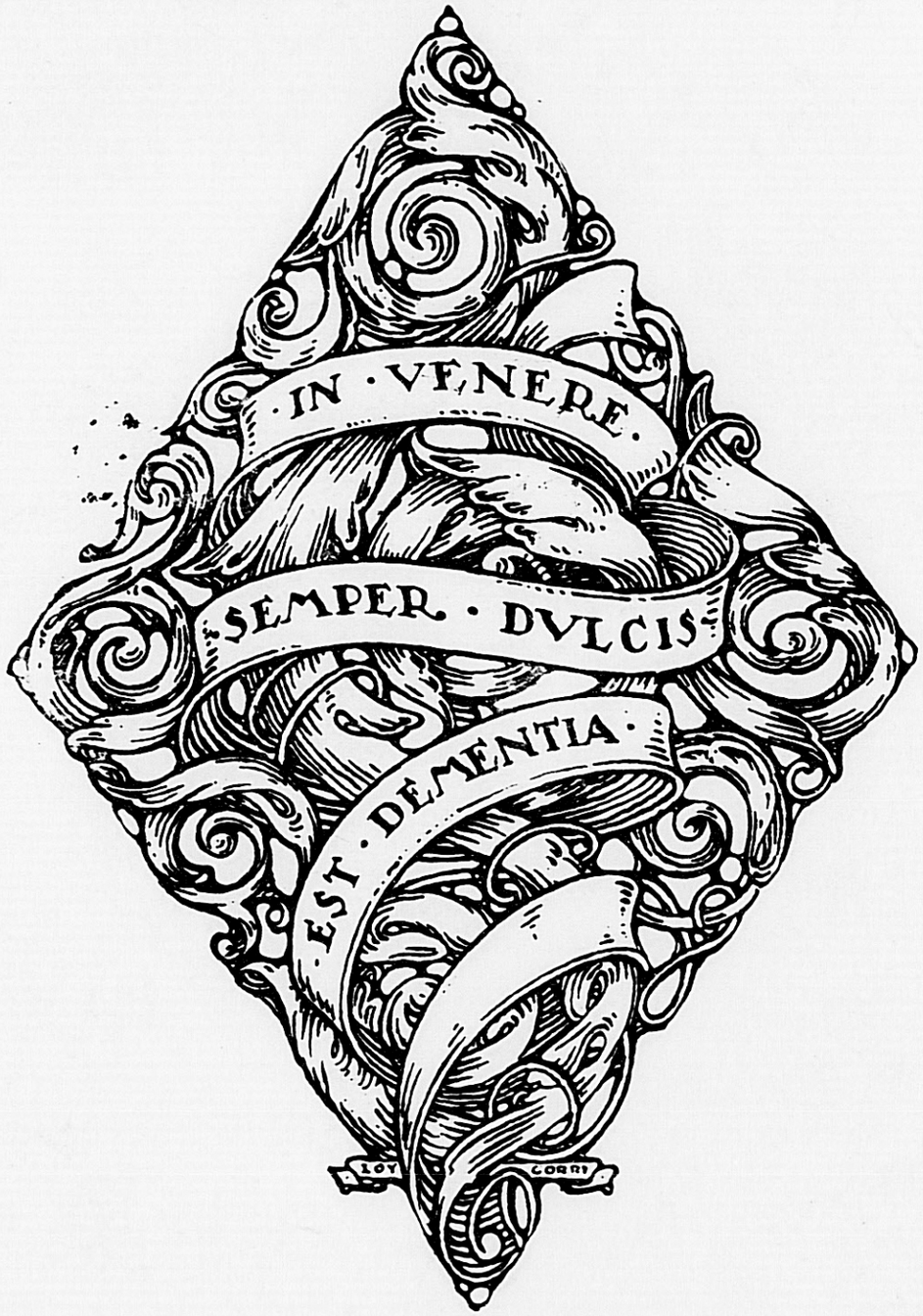
NUMEROS PUBLICADOS

1.—*EL PRODIGIOSO EXPERIMENTO DEL DOCTOR BEAUCHAMP, por Anselmo Castalia.* (Agotado.)
2.—*LA ESCUELA DE LOS AMANTES, por Valentín de Pedro.*
3.—*LAS VOLUPTUOSIDADES DE CELIA, por Alberto Martínez Thomas.*
4.—*LA COMBINACION ROSA, por Julio Cortis.*
5.—*CON CUATRO JACAS CASTAÑAS..., por Juan G. Olmedilla.*
6.—*LA MODA PARISIEN, por Valentín de la Villa.*
7.—*MEMORIAS DE UNA LIBERTINA, por Guillermina Devrient.*
8.—*EL JARDINERO MUDO, LAS OCHO HERMANAS Y LA MADRE, por Juan G. Olmedilla.*
9.—*EN LA PENDIENTE, por Diego Collado.*
10.—*LA MORFINA, por Victoriano de Saussay.*
11.—*TODO... A TRAVES DE LA REJA, por Tomás Ortiz.*
12.—*AMERICAN FILM, por Ricardo Gómez de Osiel.*
13.—*UNA «GUAYABITO A LO PENAGOS, por José Ortega de Ayala..*
14.—*HAY QUE ESTAR SIEMPRE ENCIMA, por Jesús Francc.*
15.—*UNA INSACIABLE, por Heinrich Wagner.*

Se remiten los números aquí mencionados, previo envío de su importe (60 céntimos ejemplar) a esta Administración, Alcalá, 177, en sellos de correos españoles o Giro postal.

*Conserve cuidadosamente todos los volúmenes de esta colección y llegará a reunir una valiosa biblioteca*

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL


IN · VENERE ·
SEMPER · DVLCIS
EST · DEMENTIA ·
LOY CORRI